

Domingo XIII Tiempo Ordinario

1 Reyes 19, 16b. 19-21; Gálatas 5, 1. 13-18; Lucas 9, 51-62

«El que echa mano al arado y sigue mirando atrás no vale para el Reino»

30 Junio 2013 P. Carlos Padilla Esteban

« La vida de Jesús, sin tener un lugar donde reclinar la cabeza, esa vida de peregrino en busca de su destino final, era una vida bella. Bella, fascinante, verdadera »

La belleza está unida a la verdad. Nos gustan las cosas bellas que reflejan una verdad más profunda. «*La belleza es el esplendor de la verdad*», afirma Platón en «*El Banquete*». La mentira no nos parece tan bella. Ni la maldad, ni el odio, ni la violencia, ni la envidia, ni la avaricia. Decía el Papa Francisco: «*El odio, la envidia, la soberbia ensucian la vida*». El mal no fascina, sin embargo, su fealdad se recubre de una aparente belleza muchas veces. Nos atrae en la superficie, nos encandila y a veces nos esclaviza. Pero como no es una belleza verdadera, al final nos provoca un desengaño. Al principio nos fascina, pero luego vemos que no es verdadera y nos alejamos con tristeza de lo que antes nos daba esperanza. La belleza despierta en la mirada un gran atractivo. Amamos lo bello, lo que seduce, lo agradable. Amamos lo noble, lo estable, lo bueno. Pero corremos el riesgo de mirar sólo con los ojos y quedarnos en lo aparente. Son los ojos del corazón los que nos revelan si la belleza que vemos en la superficie es verdadera. La verdadera belleza, la que es eterna, la auténtica, es la que se esconde en el corazón del hombre y tarda en ocasiones en salir a la superficie. Es la belleza de Dios en nosotros, porque hemos sido creados a su imagen y semejanza y hay un vestigio de su verdad en nuestra vida. Es el Dios escondido en nuestra carne que nos seduce y fascina cuando lo descubrimos. Así lo describe San Agustín: «*Tarde te amé, Dios mío, hermosura tan antigua y tan nueva. Tú estabas dentro de mi alma, y yo distraído fuera, y allí mismo te buscaba; y perdiendo la hermosura de mi alma, me dejaba llevar de estas hermosas criaturas exteriores que Tú has creado. Tú estabas conmigo, y yo no estaba contigo. Pero Tú me llamaste y diste tales voces a mi alma, que cedió a tus voces mi sordera*»¹. **Vivimos a veces de forma muy superficial, lejos de nosotros mismos, lejos de nuestra verdad, lejos de Dios.**

Nos volcamos en el mundo, nos quedamos en los datos, en la piel y no llegamos a lo más hondo del alma. Dice Benedicto XVI: «*La verdad, rescatando a los hombres de las opiniones y de las sensaciones subjetivas, les permite llegar más allá de las determinaciones culturales e históricas y apreciar el valor y la sustancia de las cosas*». Nos cuesta llegar a lo más hondo de la propia alma y del alma de las cosas que nos habla de Dios. Hemos sido creados a su imagen y no descansamos hasta reposar en su belleza, en su verdad, en su paz. Decía el Papa Francisco: «*Hay que ir a las grandes certezas existenciales hechas carne en la coherencia de vida. Es fundamental que uno piense lo que hace y lo que siente; sienta lo que piensa y lo que hace y haga lo que piensa y siente. Que ejercite el lenguaje del corazón, de la cabeza y de las manos*». Si no nos adentramos en lo profundo de nuestro océano, del océano de Dios, perdemos la vida tocando superficies, sin echar raíces en lo más hondo. Así nos perdemos, no encontramos sentido a nuestro caminar y dejamos de confiar en los pasos que damos. Nos quedamos quietos por miedo a confundirnos. Tal vez nos asusta y nos da vértigo el compromiso. Tal vez no queremos ir tan lejos por ese miedo irracional a perder la vida, a que se quede atrapada y no podamos escapar ya nunca de lo más hondo. El miedo a que nada más nos sacie nunca y vivamos siempre insatisfechos. Es como si fuera mejor no conocer la verdad,

¹ San Agustín, libro X, capítulo XXVII, *Las Confesiones*

la belleza más profunda, para no necesitar una eternidad que parece escondida a los ojos del hombre. Por eso nos acabamos conformando en esta vida. Vivimos tranquilos en una paz superficial. Sin grandes preguntas. **Para no inquietarnos, para que nadie nos inquiete.**

Hoy vemos a Jesús en camino. Tiene alma de peregrino. Toma la decisión en su corazón y se pone en marcha: *«Cuando se iba cumpliendo el tiempo de ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén».* Jesús decide ir a Jerusalén y se pone en camino. El Evangelio nos dice que Jesús toma esta decisión en su corazón. No sería fácil tomar esa decisión. En la vida siempre hay decisiones que no son fáciles. Pero seguramente tendría la paz de saber que era lo que el Padre le pedía. Se trata de empezar un camino, el definitivo. Sabemos que su vida era la de un peregrino: *«Jesús le respondió: - Las zorras tienen madriguera, y los pájaros nido, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza».* Los suyos, sus discípulos, lo supieron desde el comienzo. Siempre iba buscando un nuevo camino. Vivía en reposo e inquieto, en paz y en camino. Esa combinación es desconcertante para nosotros que tantas veces caemos en un reposo cómodo y tibio. Jesús vivía en el corazón de su Padre. Siempre buscando su próximo destino. En esta ocasión parece clara la meta. Se trata de volver a Jerusalén donde iba a llegar a plenitud su misión. A veces pensamos que Jesús lo sabía todo. Pero no es así. No tenía pecado, pero sí necesitaba descubrir cuál tenía que ser su siguiente paso. Por eso el silencio y la soledad del monte, por eso esas noches de oración, por eso ese diálogo interior constante con su Padre a quien tanto amaba. Tomar una decisión, aunque sea pequeña, implica muchos pasos previos: discernir, preguntarse mucho, sopesar opciones, escuchar el corazón. Jesús también, como nosotros, aprendió a escuchar a su corazón cada día, en cada momento. ¡Cuántos sentimientos se mezclarían en su alma humana y divina! El anhelo de hacer la voluntad del Padre por encima de todo, siguiendo sus más mínimos deseos. Por otro lado, la alegría y las ganas de seguir junto a sus discípulos, de seguir sanando y hablando del amor del Padre a tantos hombres perdidos como ovejas sin pastor. Amaba Galilea, su tierra, donde estaba su madre, su lago, las montañas verdes. Allí estaban las raíces más hondas de su alma, su verdad, esa verdad que le hacía querer mirarse allí cada día como en un espejo. Era su tierra el lugar de sus milagros. Tantos milagros narrados en los Evangelios, tantos milagros que no conocemos. Tierra de sanaciones y conversiones. Le daría nostalgia dejar todo lo que amaba. Horas de juegos y risas, de amor compartido, de conversaciones junto al lago. Horas de pesca y palabras dichas a viva voz desde lo alto de un monte. Al mismo tiempo, en su corazón de hombre, habría algo de miedo; en Jerusalén estaban las autoridades con las que Jesús ya se había enfrentando en otras ocasiones. En su corazón habría incertidumbre ¿qué le esperaba? ¿Qué le ocurriría a los suyos, a los que tanto amaba? Él era peregrino y los suyos se habían hecho peregrinos a su lado. Él no tenía donde reclinar la cabeza y los suyos habían aprendido a vivir sin seguridades. Él soñaba cada noche, cada día, con nuevos días sin esclavitudes, ellos habían aprendido a ser libres a su lado. Él vivía en la verdad y su vida era bella, tan bella que sus palabras resultaban fascinantes, porque estaban llenas de una verdad eterna. Ellos habían absorbido sus palabras con sed y ahora no podían imaginarse lejos de su voz. Es verdad, tendría algo de miedo por los suyos. No estaban preparados para la separación, para la muerte, para el final. Estaban a mitad de camino, eran peregrinos con una meta clara y muchos días en las alforjas, dispuestos a seguir la ruta sin miedo. El final no entraba en sus planes. Sin embargo, Jesús, ante todo, buscaba hacer lo que el Padre quería. Aunque el dolor atravesara su corazón como una espada. Muchas veces se retiraría al monte a hablar con su Padre y allí, en el silencio de la oscuridad, le contaría todo. Sus miedos e incertidumbres, sus alegrías y sueños. En esas conversaciones temblaría, escucharía, callaría. Y, al final, había tomado la decisión de ir a Jerusalén. Pensaba, sencillamente, que era lo que el Padre le pedía y sólo quería darle alegría a su Padre. Le daría paz esa decisión, como cada decisión que tomamos después de haber rezado mucho, en el silencio. De esa decisión de Jesús dependió el resto de su vida y de la vida de los suyos; de nuestra propia vida. Jesús decidió libremente, con dolor, con

paz, en la verdad, en la belleza de su vida. La vida de Jesús, sin tener un lugar donde reclinar la cabeza, esa vida de peregrino en busca de su destino final, era una vida bella. Bella, fascinante, verdadera. **Era una vida fraguada en un amor de entrega, sin límites.**

Nosotros, por nuestra parte, a la hora de tomar decisiones, nos dejamos llevar por la vida. ¡Cuánto nos cuesta decidir lo correcto! ¿Cuál es la brújula que nos orienta en nuestras decisiones? Si de verdad decidimos mirando nuestro corazón y rezando, contándole a Dios nuestras disquisiciones, nuestros miedos y esperanzas, nuestras dudas y alegrías, acabaremos encontrando el camino y descubriendo la paz. Si de verdad las grandes decisiones de nuestra vida, y también las pequeñas, las hacemos contando con Él, Él sabrá que lo que más nos importa es seguir sus pasos. Hemos nacido para la libertad, para vivir como hijos libres de Dios. Sin embargo, a veces somos esclavos y sólo le contamos nuestra decisión ya tomada y le pedimos que la haga posible, para que se cumplan nuestros planes. Tenemos miedo de que sus deseos no coincidan con los nuestros. Nos enfadamos si no sucede lo que pensamos. A veces ni siquiera decidimos con nuestra voluntad y nuestro corazón, sino que simplemente vamos dejando que el tiempo pase y ya no sea necesario decidir nada. En Jesús, la decisión siempre tiene que ver con el amor y con la obediencia. En la intimidad de nuestra oración es más fácil encontrar sus deseos y ver cuál tiene que ser nuestro querer. Una persona comentaba: *«Se dice que cuanto más intimidad hay con el señor, menos se necesita hablar, porque el silencio contiene más vida»*. Nuestra intimidad con el Señor es poca y nos cuesta saber lo que nos pide. Cuanta más intimidad tengamos, más palabras de Dios habrá en el alma. Es difícil decidir con Dios porque no tenemos una relación íntima y profunda. ¿Qué tenemos en cuenta cuando hay varias opciones? Jesús hoy nos muestra su libertad interior para hacer lo que el Padre desea. Nos enseña un camino a seguir. Nos pide que aprendamos a ser peregrinos, hombres del camino sedientos de un mundo verdadero y bello. Hoy ponemos en sus manos todo lo que nos inquieta. Hoy queremos pedirle que nos regale una sabiduría divina que nos enseñe a descubrir el camino verdadero. Para eso tenemos que despojarnos como Él de todo lo que nos ata. **Porque Él se despoja de sí mismo y se pone en camino, haciendo lo que su Padre le pide.**

Por nuestra inseguridad y nuestros miedos podemos caer en la tentación de ponernos normas para todo y evitar así los peligros al tomar decisiones. Es el riesgo del uso de la libertad que nos da tanto miedo y desconcierta. El miedo a elegir el camino equivocado, a hacer lo que no debemos, a confundirnos y errar el camino guiados por una belleza que no es la verdadera. En esta vida que tenemos, corta y prestada, es necesario asumir el riesgo de decidir y no tenerlo todo asegurado, porque eso es imposible. Dice el P. Kentenich: *«Sin salto mortal no hay nada que hacer. Porque el mundo sobrenatural, aunque se encuentre iluminado por una luz clara, encierra en sí una gran cantidad de oscuridad. Hay un montón de cosas que no podemos ver ni comprender con nuestros órganos naturales. Hemos de recibir un nuevo órgano de comprensión. Es la fe»*². Es la fe la que nos permite caminar sin miedos y confiados en ese mundo lleno de oscuridades. Nos gustaría tener siempre esa luz que nos iluminara y nos mostrara la verdad de todas las elecciones que hacemos, la verdad de la vida que llevamos. Pero es necesario dar saltos mortales de la mano de María. Aunque la verdad es que hoy faltan hombres capaces de dar esos saltos de fe. Decía el P. Kentenich: *«El hombre de hoy desea tener seguridades, claras seguridades humanas. Quiere la máxima seguridad en sus decisiones»*³. Nos cuesta asumir los riesgos de la vida y preferimos los seguros que nos den confianza al caminar. Queremos tenerlo todo bien seguro antes de actuar, para no caer. Nos movemos con pies de plomo, sin arriesgar demasiado, no vaya a ser que lo perdamos todo. Por eso buscamos un lugar donde reclinar la cabeza, un sitio seguro y estable, un recinto en el que poder movernos sin arriesgar demasiado. Por eso nos llenamos de normas y seguros. Tal vez demasiados. Nos permitimos pocas cosas que se escapen de nuestro

² J. Kentenich, Jornadas a dirigentes de la familia de Schoenstatt, 16-20. 10. 1950

³ J. Kentenich, Jornadas a dirigentes de la familia de Schoenstatt, 16-20. 10. 1950

control y no somos capaces de vivir asumiendo riesgos. Así vivimos y así educamos a los nuestros. Sin darles mucho campo de acción, tratando de que no se confundan, evitando los posibles riesgos, asegurando su vida para que no se equivoquen nunca. Porque una equivocación nos parece algo peligroso. **¿Qué predomina más en nosotros, una vida llena de normas y seguros o la inseguridad de una vida en las manos de un Dios providente?**

Jesús sí asume riesgos y pide alojamiento en Samaria, ese lugar por donde los judíos nunca pasaban. Él sí se atreve a pedir un lugar donde descansar. Porque no tiene prejuicios ni miedos, porque confía en la bondad y la belleza de cada persona. Porque cree en el amor que hay en cada corazón, sin tomar en cuenta su pobreza: *«Envió mensajeros por delante. De camino, entraron en una aldea de Samaria para prepararle alojamiento. Pero no lo recibieron, porque se dirigía a Jerusalén. Al ver esto, Santiago y Juan, discípulos suyos, le preguntaron: - Señor, ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo que acabe con ellos? Él se volvió y les regañó: - No sabéis de qué Espíritu sois. El Hijo del hombre no ha venido a perder almas sino a salvarlas. Y se marcharon a otra aldea».* Ante el rechazo reacciona Jesús con paz. Ante el rechazo en nuestra vida nosotros podemos actuar a veces con violencia, con rabia, con desesperación. Prejuzgamos y juzgamos condenando. No aceptamos las críticas ni el rechazo. Nos rebelamos ante las injusticias que nos afectan. Cualquier menosprecio nos parece injustificable. Nos gusta pensar en la venganza, como los discípulos. Nuestra ira nos hace pasar malos momentos. Jesús no quiere que se pierdan las almas y no reacciona con ira. Hace que los suyos mediten y dejen de lado la rabia de su corazón. Jesús, necesitado, busca quien lo acoja y es rechazado. Jesús, cansado, busca el descanso, y no lo encuentra. Impresiona que no le den ese alojamiento. Conmueve; pero Él es capaz de estar por encima de los prejuicios, por encima del hecho de que sean samaritanos, por encima del rechazo. Mira sólo a la persona, su belleza, y acoge con gratitud. Sin embargo, a Él sí le juzgan, sin conocerle, sólo porque es judío, sólo porque va a Jerusalén. ¡Qué manera más superficial de medir a las personas! A veces nos perdemos conocer a alguien porque creemos que ya sabemos todo sobre él, por su manera de pensar, porque pertenece a un partido o a un grupo religioso o social diferente. No miramos su necesidad. Ni lo que nos puede dar, ni lo que podemos darle. Detrás de esa persona que implora está Jesús, y estamos ciegos. La decisión que Jesús tomó de ir a Jerusalén le trajo consecuencias, como toda decisión que tomamos. **La primera fue el rechazo de los samaritanos y Él lo aceptó con paz en el alma.**

Dios nos llama a todos y nos invita a seguir sus pasos. Así pasó con el profeta Eliseo quien, ante la llamada de Elías, está dispuesto a seguir sus pasos dejándolo todo: *«El Señor dijo a Elías: - Unge profeta sucesor tuyo a Eliseo, hijo de Safat, de Prado Bailén. Elías se marchó y encontró a Eliseo arando con doce yuntas en fila, él con la última. Elías pasó a su lado y le echó encima el manto. Entonces Eliseo, dejando los bueyes, corrió tras Elías».* Jesús también invita con su presencia al seguimiento: *«Mientras iban de camino, le dijo uno: - Te seguiré adonde vayas. A otro le dijo: - Sígueme».* Muchas veces el hombre acepta la invitación y se pone en camino: *«Te seguiré, Señor, adonde vayas».* Es el sí alegre y dispuesto de un corazón joven y enamorado. Un sí sin nubes ni sombras. El sí audaz y valiente, bien dispuesto, y atrevido, porque seguir a Jesús es seguir a un peregrino que no tiene donde reclinar su cabeza. El corazón quiere seguir al Señor. Ve en Él la verdad y la belleza. Puede que haya dudas, pero arriesga. Quiere seguir al Señor adonde vaya. Nosotros lo hemos experimentado en alguna ocasión, Cristo nos llama, María nos llama. En ese momento confiamos y nos aventuramos porque vemos que ha llegado el momento de dar un salto de fe: *«Las cosas tienen su tiempo y si es verdad que no se deben acelerar, pienso que cuando llega el momento hay que saltar, pase lo que pase. No sé si existen los momentos perfectos, simplemente llega el momento en el que te das cuenta de que tienes que dar el paso, con tus inseguridades y tus miedos auestas. Toda decisión conlleva riesgos, y por mucho que los calculemos, en toda decisión importante hay un salto que asumir»*⁴. Es un salto audaz, un salto de fe y enamorado. Una locura de amor para estar con Aquel que nos

⁴Alberto Reyes Pías, “Historia de una resistencia”, 94-95

da la vida bella y verdadera, las palabras que tienen vida eterna. No calculamos y pensamos que sí, que seremos capaces, que la fuerza nos acompañará, que no habrá dudas. ¿Pero y si luego vienen las dudas? Ahora no importa. Lo dejamos todo por seguirle a Él. No importa el camino, no importa donde vayamos, vamos mar adentro, nos adentramos en el misterio de la noche, en la oscuridad iluminada, en las tinieblas rasgadas por su luz, en la profundidad marcada por su dulce presencia. Verdad y belleza se corresponden. No hay mentira en ese sí alegre y dispuesto. No hay sombras en esa mirada clara sobre la vida. No hay oscuridad en ese Jesús que nos dice: «*Sígueme*». ¡Qué importa el tiempo! ¡Qué importa el lugar! ¡Qué importa si el camino es difícil! Es una llamada a estar con Él, a amar y a dar la vida. Él con nosotros, nosotros a su lado, descansando en Él, no dudamos. El corazón se arriesga. Tiembla, se conmueve, llora, se tambalea, pero salta. Sí, con todas las fuerzas. Sin medir las fuerzas. Sin calcular si todo el camino, allí donde Él vaya, será posible. Salta, el corazón sólo puede saltar por un impulso de la fe. Sólo esa fe viva y confiada nos permite lanzarnos. Sin esa tenue luz que muestra los primeros pasos del camino no sería posible la audacia. Hoy resuena en el alma: «*Te seguiré adonde vayas*». Hoy nos damos cuenta de que queremos repetir las en lo profundo del alma. Sí, Señor, queremos seguirte. **Pero, ¿y si el corazón nos falla? ¿Y si la oscuridad es más fuerte?**

Es verdad que su voz a veces no suena tan clara y con tanta fuerza. Es verdad que no siempre entendemos su voz, sus silencios, sus ausencias. Incluso, aunque en ocasiones hayamos escuchado con claridad su invitación a seguir sus pasos, surge el miedo. Miedo a fallar, a quedarnos a mitad de camino. Miedo a que pase el amor, a que no sea el camino que nos hace felices. Miedo al fracaso, a la derrota, al abandono y a la soledad. Sí, los miedos son parte del camino. Puede ser que lleguemos a pensar que nos lo hemos inventado todo. Entonces nos parece mentira que su voz fuera tan clara en alguna ocasión; dudamos que nuestros ojos hayan visto lo que vieron y nuestros oídos lo que oyeron. Sin embargo, no podemos pensar que no nos llamó a seguir sus pasos. Es una realidad, una certeza. Pero no es fácil creer siempre en lo que no se puede tocar con las manos, en la presencia misteriosa de Cristo vivo. Pensamos que sería más fácil seguirle si le viéramos, como sus discípulos en esta escena del Evangelio. Pero Cristo nos sigue invitando hoy a seguir sus pasos, aunque su voz sea el silencio y sus manos nos acaricien de otra forma. No obstante, dudamos cuando después de su llamada experimentamos el silencio, la ausencia de su voz, la soledad que no nos parece presencia. Tenemos miedo. Dudamos de su primera llamada. ¿Acaso no dudamos a veces del amor de aquellos que nos han mostrado su amor de formas muy diferentes durante muchos años? Sí, basta un desencuentro, una desilusión, una torpeza, un paso equivocado, para echar a perder toda una vida de entrega, de amor y de verdad. Un error parece echarlo a perder todo súbitamente en nuestra vida. Un pequeño error, un despiste, un desliz, parecen valer más que años de fidelidad. Entonces nos olvidamos de lo que hasta ese momento nos parecía verdadero y auténtico. Nos cuesta perdonar, olvidar y volver a retomar el camino. Tal vez algo parecido nos pasa con la voz de Dios. La escuchamos y cuando dejamos de sentir, nos vence el miedo. Queremos que nos muestre siempre su claridad, que nos ilumine en todo momento, que nos dé su paz cada día, cada hora. Y nos asustan sus silencios y la noche que llega en el alma, ese desierto que no calma la sed. La Madre Teresa lo vivió en su propia vida. Vivió el fuego de la llamada y luego vivió la noche. Ella perseveró en el camino aunque sufrió la incertidumbre en muchos momentos: «*Antes que comenzara la obra había tanta unión, amor, fe, confianza, oración, sacrificio. ¿Me equivoqué al entregarme ciegamente a la llamada del Sagrado Corazón?*». Ella vio la luz de su amor y experimentó tiempo después la oscuridad y el vacío. Tembló, pero al final siguió con paz sus pasos, confiando: «*Aquí estoy, Señor, con alegría acepto todo hasta el final de la vida y sonreiré a tu rostro oculto siempre*»⁵. Nosotros queremos responder siempre como la Madre Teresa. Con esa esperanza en el alma. Con ese amor que no cede, que no se deja vencer por el desaliento. ¡Cuántas veces me comentan algunos el desierto que viven en el alma, el silencio de Dios! ¿Dios ya no llama? No podemos

⁵ Madre Teresa, “Ven, sé mi luz”, 232

desconfiar de su voz callada, de su susurro, de su presencia. Habrá momentos de dudas en el camino pero no por eso dejaremos de caminar y seguir sus pasos. Aunque no tengamos un lugar donde reclinar la cabeza. Porque hemos nacido para vivir en el camino, para ser peregrinos. Nadie nos podrá quitar la fuerza que nos hizo dar los primeros pasos. **No nos importan nuestros miedos. Seguimos al Señor donde Él nos quiera llevar.**

Pero muchas veces en la vida ponemos excusas que retrasan o impiden nuestro seguimiento. Eliseo tiene algo que hacer antes de seguir al profeta y Elías se lo permite: «*Déjame decir adiós a mis padres; luego vuelvo y te sigo. Elías le dijo: - Ve y vuelve; ¿quién te lo impide? Eliseo dio la vuelta, cogió la junta de bueyes y los ofreció en sacrificio; hizo fuego con aperos, asó la carne y ofreció de comer a su gente; luego se levantó, marchó tras Elías y se puso a su servicio*». 1 Reyes 19, 16b. 19-21. Al llamar Jesús a los discípulos, algunos tienen algo que hacer antes de emprender el camino, pero el Señor no acepta su demora: «*Él respondió: - Déjame primero ir a enterrar a mi padre. Le contestó: - Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el reino de Dios. Otro le dijo: - Te seguiré, Señor. Pero déjame primero despedirme de mi familia. Jesús le contestó: - El que echa mano al arado y sigue mirando atrás no vale para el reino de Dios*». Lucas 9, 51-62. Hay frases que pueden marcar una vida, deseos expresados con el alma que vencen la mediocridad. Son afirmaciones que quedan grabadas en el alma para siempre: «*Te seguiré, Señor*». Pero luego surgen dudas. Vemos que hay algunas cosas que arreglar antes de iniciar el seguimiento. No es fácil seguir a Jesús con todo lo que implica: «*A veces añoramos mecanismos infantiles que no hacen crecer pero que nos dan seguridad y nos eximen de la responsabilidad de llegar a nuestras propias conclusiones. Es frecuente el miedo a tomar nuestras propias decisiones y asumir las consecuencias de nuestros actos*»⁶. En ocasiones estamos decididos a darlo todo, pero luego en el alma surgen dudas. Todavía tenemos algo que hacer. Siempre tendremos alguna cosa que terminar. Pero Cristo es radical en la exigencia. Nos lo pide todo, no quiere excusas, no quieres que miremos hacia atrás. **No quiere que encontremos mil razones para esperar, para retrasar nuestra marcha, para seguirle.**

Decimos estar disponibles, ponemos la vida en manos de Dios y le decimos que le seguiremos adonde vaya. Pero luego nos entran los miedos y nos atamos pensando que es difícil ser tan radicales. Dudamos de Dios, de sus intenciones y no nos parece que vaya a cumplir todo lo que nos promete. ¡Cuántas personas confiesan que no perciben el amor de Dios en sus vidas! Sí, son muchas. ¡Cuántos se cansan de ser fieles porque no encuentran paz en el camino! Cuando no percibimos su amor, cuando no nos sabemos amados como una certeza, nos cuesta más confiar: «*Te seguiremos, Señor, pero depende del lugar al que vayas*». Sí, estamos dispuestos a todo, a entregarle la vida, pero luego, cuando nos pide algo concreto, aunque sea una pequeñez, una renuncia insignificante, nos turbamos y nos negamos a dar el paso. Entonces acabamos siendo tibios y mediocres en nuestra entrega. Decía el P. Kentenich: «*No tenemos el coraje de ser totalmente buenos, hacemos demasiadas concesiones a la mediocridad o al mundo. Queremos estar sentados en dos sillas. Sería más simple sentarse en una sola silla, aún cuando ésta fuera el mundo. Debemos ser íntegros. Si soy hijo del Padre deberé hacer míos los valores del Padre*»⁷. No es tan sencillo estar sentados en una silla, pero ése es el camino. Si queremos seguir al Señor con todo lo que ello implica, si queremos amar con todo el corazón sin dejarnos nada, sin volver la vista atrás, tenemos que ser generosos en la entrega y aceptar que nuestra vida esté en sus manos, pase lo que pase, siguiendo su voz en el camino. Aunque un salto mortal siga a otro salto mortal. Aunque las dudas y los miedos nos acompañen cada día. Hoy queremos renovar nuestro sí. Queremos decirle al Señor que no queremos ser tibios, que no queremos conformarnos. Que la vida es corta y no merece la pena malgastarla. Que el camino es largo y a su lado todo es más fácil. Queremos pedirle que no nos deje nunca. Queremos seguir al Señor donde nos lleve. Aunque nos cueste no ver frutos. Aunque tengamos que aguardar en silencio. Aunque creamos que no hacemos todo lo que podemos. **Siempre con la certeza de que su amor mueve nuestros pasos.**

⁶ Alberto Reyes Pías, “Historia de una resistencia”, 107

⁷ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 372